

turismo

TOSSA, JUNIO 1966

AÑO II - NUMERO 13

10 PESETAS

● **Tossa**

por Joan Alavedra

● **Fernando
Agulló**

por Joaquín Ciuró

● **Tossa
bajo las estrellas**

por Mario Lleget

● **La Sardana
y la Costa Brava**

por Luis Albert

● **Recibo carta
de Tossa**

por Félix Ros



EL FARO

Como es natural, las funciones de este Faro, al igual que los otros, es para servir o ayudar a los navegantes. Pero lo que tiene éste, para mi, comparándolo con muchos otros y que lo distingue de los demás, es la situación privilegiada en que está enclavado.

Asentado en el punto más alto del Cabo de Tossa y sobre una pared rocosa que se desliza verticalmente, hasta sumergirse en el agua, convierte su emplazamiento en una magnífica miranda cara al mar. Por la parte sur, la gran extensión de agua, es semi-cortada a la altura de Blanes, por una línea recta que forma la playa con sus pinares, junto a la desembocadura del río Tordera.

Acercando nuestra mirada, sobre los acantilados de Els Cars, graves y ásperos, vemos unas matas de retama florecidas, que con sus toques amarillentos y su perfume, dan un poco de suavidad y ternura a la sobriedad de sus rocas.

El aire de "garbí", produce una marejadilla, que arrastra a las aguas hacia El Codolar, como si fuera un río en busca de su salida.

Situados como estamos en la parte trasera del Faro, nos adentramos un poco más entre las pitas, para contemplar el declive impresionante de la montaña, que se encuentra debajo

de nuestros pies. Abajo, en el fondo, la espuma de las olas, trepa incansable una y otra vez por el acantilado.

Por la parte norte, tenemos en primer lugar a la solitaria "illa", la que parece está meciéndose sobre el rizo de las aguas. Detrás de las peñas de mar Menuda, las "illetas".

Frente a la cueva d'Es Berganti, pasa una embarcación de los Cruceros, retumbando en el espacio sus estridentes bocinasos.

Y lanzada ya nuestra vista, vislumbramos la silueta recordada de la montaña de Sant Telm introduciéndose en el mar, a la altura de Sant Feliu.

Mientras, a nuestra espalda, se extiende la incomparable belleza, obra del siglo XII, como es "Vila Vella". He aquí la razón, por lo que decía que consideraba un privilegio, el emplazamiento de este Faro.

Por encima de los tejados y de las copas de los pinos, se alzan con arrogancia las grandes torres d'Es Codolar, del Homenatge y la d'En Joanás.

A fuera de este recinto amurallado, que encerraba el pueblo medieval, está el viejo y nuevo Tossa, con sus casas, hoteles y urbanizaciones, como contraste de lo antiguo y lo moderno. Como contraste es también, la blancura de las nuevas edificaciones con las centenarias piedras rojizas de la construcción de "Vila Vella".

En cambio encuentro es de un efecto oprimente, ver desde el mar, a esa inmensa mole de piedra, que es el Cabo de Tossa, con sus 60 metros de altitud. Cada vez que lo cruzamos, navegando junto al rompiente de las olas con una pequeña embarcación, sentimos la sensación de que nuestro cuerpo empuja.

Este Faro, cuya visibilidad de su luz, se hace perceptible desde el sur de Calella y Llafranch, sirve entre otras cosas, la de orientar al navegante para salvar el escollo de las rocas, comunmente conocidas por las "Formigues".

Aunque desconozco con certeza sus pormenores, tengo entendido que el ángulo de esta visibilidad, o sea de giro, es mayor de 200°, con un alcance normal de unas 20 millas.

La característica es de grupos de 3 y 1, con destellos cada 20 segundos.

Supongo no habrá sido modificado su funcionamiento, ya que estos datos los aprendí hace unos años, de un viejo marino, mientras sentados en el umbral de su casa, veíamos pasar la luz centelleante por debajo del cielo estrellado.

Su construcción que data del año 1917 motivó el derrumbamiento de la torre del fuerte, la cual fue convertida años después en molino.

La desaparición de esta torre, rompió la armonía de sus murallas, que junto con las tres grandes y cinco de más pequeñas, forman el recinto en el que se hallaba el pueblo medieval.

Como decía y repito, el privilegio que encuentro en este Faro, es su emplazamiento. Situado junto a él, la panorámica que se domina, es de una belleza sugestiva.

El paisaje que lo rodea, es un encanto poético.

JOSE FIGUERAS

(Dibujo del autor)



Carta del Director

Balance de un año



TOSSA, JUNIO 1966
AÑO II - NUMERO 13



REVISTA MENSUAL
EDITADA POR EL AYUNTAMIENTO
DE TOSSA

DIRECTOR:
JAVIER DALFO HORS

FOTOGRAFIAS
DE MANUEL FABREGAS,
MARCELINO CUATRACASAS
Y JOAN CANADELL

REDACCION Y ADMINISTRACION:
CASA CONSISTORIAL

PRECIO DEL EJEMPLAR: 10 PESETAS

IMPRESO EN
ARTES GRAFICAS TRAYTER DE FIGUERAS

DEPOSITO LEGAL: GE. 215 - 1965

Con este ejemplar, querido lector, TURISSA empieza el segundo año de existencia. Han transcurrido ya doce meses, con sus correspondientes doce números, desde aquel día que, por vez primera en su historia, Tossa contó con una publicación propia.

Hace un año, en nuestra primera "carta", decíamos que pese a vivir en una época de grandes problemas acuciantes, había también hombres de buena fe que consideraban que debía intentarse este nuevo esfuerzo.

Doce números son toda una historia de perseverancia y de amor al oficio, aunque uno haya dejado un poco de espíritu en este largo trecho. Desde un principio quisimos dar a conocer a España entera y a todos los turistas que nos visitan lo de bello y bueno que podamos a la obra común y no ofender ni molestar a nadie. Fallos los hay, y ya lo sabemos. ¿Qué se podía hacer más? ¿Qué duda cabe! Pero nos consuela el que otras publicaciones quedaron en el camino, mientras que nosotros seguimos en ruta, y sólo solicitamos que acudan quienes puedan remediar las lagunas actuales, porque nuestras páginas solamente se cierran a la malevolencia o torcida fe en cualquiera de los terrenos. Por eso, aparte de polémicas artísticas, científicas o turísticas, nunca admitimos otra clase de pasión, alejada de nuestros fines, exclusivamente históricos, culturales y turísticos.

TURISSA ha entrado ya en muchos hogares tossenses. Pero debemos trabajar todavía más y mejor, con una proyección localista pero al mismo tiempo universal, para procurar que nuestra revista no falte en ninguno. TURISSA es la revista de Tossa, y desde su bahía pretendemos navegar mar adentro, cara a este turismo europeo del que los tossenses esperan mucho para su futura y definitiva prosperidad.

Damos las gracias públicamente al Excelentísimo Ayuntamiento —léase don Pedro Ansón, alcalde, y don Juan Sardá, secretario, junto con los demás miembros del Consistorio— por este gran esfuerzo que representa editar TURISSA, tanto en el aspecto económico como en el terreno de las ideas y de la cultura. Asimismo, a nuestros colaboradores y lectores. A ellos lo debemos todo y por el mayor relieve de nuestra querida Tossa les pedimos constancia en una obra desprovista de egoísmos. Y el llegar al segundo año de vida, después de doce meses de lucha, nos permíte respirar hondo, soñar con nuevos horizontes y gozar de cierta inmunidad, porque nuestra "embarcación" no zozobra. Seguiremos todos juntos mar adentro en esta misión cultural y turística que nos hemos impuesto para hacer de Tossa una villa modélica, gloria de la Costa Brava y de España entera.

JAVIER DALFO



NOTICIARIO

BREVE

1 Audiciones de Sardanas para este verano. Los días 29 y 30 de junio y 1.º de julio, con motivo de la Fiesta Mayor, mañana, tarde y noche. En día 2 de julio se interpretarán, en la calle Socorro, las conocidas y típicas Sardanas Largas. Y durante este mismo mes, se celebrarán audiciones todos los sábados, días 9, 16, 23 y 30. En agosto, los viernes, días 5 y 12, y los miércoles, días 17, 24 y 31. El domingo, día 4 de septiembre, tendrá lugar el Concurso Sardanístico, en audiciones de mañana, tarde y noche. Y asimismo una audición el día 7, miércoles; el día 16, viernes; y el día 24, sábado. Dichas audiciones de sardanas se celebrarán a las 10 de la noche, en el Paseo del Mar, por las Coblas: La Principal de Llagostera, Iris y La Principal de Palafrugell.

2 Frente a los arrecifes del Faro embarrancó el yate español "Tabardillo", el cual procedía de Mallorca y se dedicaba, según se nos ha informado, a la pesca de coral. Parece ser que se acercó demasiado hacia la punta del Faro y quedó aprisionado entre las rocas. El yate fue puesto a flote con la ayuda de un remolcador que lo trasladó al puerto de Blanes, en cuya ciudad vive su propietario. No hubo que lamentar desgracias personales y sólo desperfectos en la embarcación.

3 Los esquiadores acuáticos René Maffre y Jean Pierre Calot, han batido el récord mundial de resistencia en esquí náutico, en mar abierto, cubriendo la distancia de 180 kilómetros, que comprende el triángulo Barcelona-Estartit-Cala Salions. La duración total de la travesía fue de 6,20 horas, de las cuales 4,20, correspondieron al recorrido Barcelona-Estartit, y el resto, al tramo Estartit-Cala Salions. Los esquiadores, se relevaron 8 veces, en tandas de una duración aproximada de 40 minutos cada una. Una dificultad imprevista se sumó a las ya normales en este tipo de pruebas. A la altura de San Feliu de Guixols, surgió una densísima niebla, totalmente insólita en el Mediterráneo, que llegó en algunos momentos a ocultar al esquia-

dor de la vista de la lancha de arrastre. De tal modo que Juan Ferrer y José María Masó, navegante y capitán de la expedición y expertos marinos ambos, se vieron obligados durante varias millas a navegar con auxilio de los instrumentos. La presencia de la niebla resultó inoportuna, si se tiene en cuenta que las embarcaciones no podían disminuir de 20 millas horas, estrictamente necesaria para que los esquiadores pudiesen mantener su equilibrio sobre el agua.

4 Siguiendo una costumbre que empezó a tomar cuerpo en las páginas del semanario "Ancora", de San Feliu de Guixols, a partir de la temporada oficial de 1963-64, también este año, y gracias a la paciente labor de uno de sus colaboradores, podemos ofrecer el resultado del Torneo Costa Brava que, si no convocado oficialmente por los organismos rectores del fútbol regional, viene en cambio refrendado por los resultados oficiales obtenidos en competición federativa por los más importantes equipos del litoral gerundense. La recopilación de datos, interesante y curiosa, ha sido hecha de acuerdo con los resultados de la confrontación mutua de los equipos costeros en la recién terminada competición de Regional A, en la que todos ellos estaban encuadrados y que, salvo error u omisión, la clasificación final quedó así: 1.º Palafrugell, con 12 puntos; 2.º Tossa, con 11; 3.º Guixols, con 10; 4.º Lloret, con 10; 5.º Palamós, con 9 y 6.º Blanes, con 8 puntos.

5 Del 6 al 20 de agosto, con ocasión de los Festivales Náuticos que se celebrarán en Palamós, tendrá lugar en esta población el "I Premio de Pintura Villa de Palamós 1966". El plazo de admisión finalizará a las 21 horas del día 20 del próximo mes de julio. Se otorgarán los premios siguientes: Oleo, 25.000 pesetas y placa de plata; 15.000 pesetas y placa de plata. Dibujo y Acuarela, medalla de oro; paleta de plata. Para completar estas bases los interesados pueden dirigirse al Excmo. Ayuntamiento de Palamós.

—Es auténtica. Me la han garantizado. Además... si supieras de donde sale... El pescador que me la ha vendido, la tenía casi olvidada en un rincón entre redes y bidones de gasolina.

Mi amigo Jaime Cortada, sonrió satisfecho, feliz. Era evidente que aquel hallazgo, para el buenazo de Jaime, constituía un gran acontecimiento. Me había relatado los hechos minuciosamente. Con toda suerte de detalles. Reforzando la descripción

cable. Algo así como una inspiración repentina. Y ya me tiene allí, rodeado de un ambiente exótico. Artistas de las más diversas procedencias, barbas de todos los colores, intelectuales rarísimos, mujeres levemente vestidas, whisky, marihuana... Un fantástico "vive como quieras" Una de las cosas más sorprendentes, es la cantidad de galerías de arte que han surgido en la isla. En algunas de ellas fue donde ví las primeras ánforas grie-

gas. Pedí precios. Según tamaño y estado de las mismas, oscilaban entre cinco y diez mil pesetas. Lo comenté con el dueño del hotel. Este las encontró caras. Y me acompañó a casa de un pescador amigo suyo, que a veces pescaba alguna. Tuve suerte. El buen hombre me enseñó una ánfora sensacional. La había sacado del agua la semana pasada. Rogué que me la vendiera. El hotelero le pidió que me tratase bien. El pescador lo pensó larga-

ANFORAS RECIEN GRIEGAS

de su descubrimiento con repetidos guiños maliciosos. Por primera vez en su vida acababa de presentársele la gran oportunidad. Y había sabido aprovecharla. Sentíase hombre importante. No podía disimularlo. Su sagacidad congénita, su perspicacia, triunfaban una vez más. Quedaba probado —me lo repitió gloriosamente— que para el buen viajante de comercio catalán, incluso unas vacaciones pueden proporcionar una excelente operación. Simple cuestión de vista. De olfato. De intuir donde se esconde la liebre. El gozo de mi amigo solo era comparable al que debió sentir aquel buen labrador griego que en 1820, arando un campo en la isla de Milo, dio con una monumental mujer de mármol. La Venus.

Para Jaime Cortada, el singular episodio que acababa de protagonizar, habíase producido también, con idéntica naturalidad. A pesar de su esfuerzo en presentármelo como un "grand affaire", el caso era de una simplicidad manifiesta, total. Me lo contó nuevamente:

—La idea de irme a pasar quince días a Ibiza se me ocurrió de repente. De manera inexplic-



mente. Por fin dijo que por menos de dos mil pesetas no la vendía. Puedes suponer que no le regateé ni un céntimo. Le puse dos billetes verdes en la mano y cerramos el trato.

Jaime Cortada, puso cara de asombro.

—Aún queda gente de buena fe, ¿no te parece? Mira que vender una ánfora griega por dos mil pesetas...

—¿Fue el propio pescador quien te garantizó su autenticidad?

—Naturalmente. Y aquel es hombre de los que no engañan.

Me contó con afable infantilismo las peripecias del transporte de su tesoro.

—La ánfora mide metro y medio de altura. Fue necesario pues, un perfecto embalaje. Luego el avión. La carga y descarga, y sobre todo la emoción y suspense del paso de la aduana. Tu sabes que una obra de arte no puede salir de su punto de origen sin la correspondiente autorización oficial, sin los papeles en regla. No respiré hasta que la tuve en casa. Me gustaría que la vieras. Precisamente he venido a verte por eso. Para que la veas. Me interesa tu opinión.

Desde el principio tuve el presentimiento, la casi certeza de que su ánfora era falsa. Escandalosamente falsa. Pero si él estaba firmemente convencido de lo contrario, ¿para qué decirse-lo? Al fin y al cabo, yo no era ningún experto, ningún arqueólogo...

Insistió. Y al cabo de media hora me hallaba ante su adquisición.

—¿Qué te parece?

Hubiese podido resolver la situación felicitándole por la compra. Esta era sin duda la actitud más agradecida. Menos comprometida. Pero me pareció inadmisiblemente, inmoral. Y le dije que su ánfora griega era de fabricación reciente. Yo no le daba más que un par de años de antigüedad.

Me miró atónito.

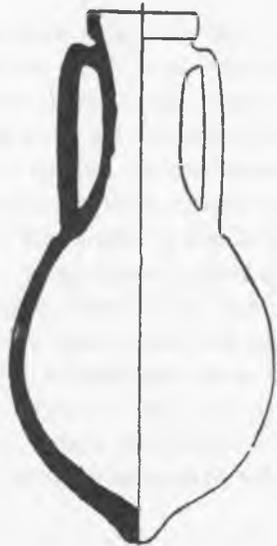
—¿La has visto bien? Fíjate en estas floraciones submarinas, en estas algas, en estas conchas incrustadas, en la petrificación de estos troncos, en los verdes y cobrizos de este musgo...

Sí. Me había fijado. Todo era artificial, imitado, superpuesto, pegado, barnizado, erosionado a voluntad, roto decorativamente.

—¿Crees que si fuese una copia sería tan perfecta?

Le aclaré que no se trataba de ninguna copia, sino de una vulgar pieza de serie. De un producto industrial fabricado en cadena como cualquier otro. Y ante su asombro, le informé de que en la actualidad, la manufactura de ánforas milenarias estaba en pleno auge. Dentro de los límites de su producción manual, el negocio, era sano, sostenido, firme.

A la chita callando, en nuestro país, los mercados de vasijas arcaicas, son cada día más extensos. Del obrador del alfarero salen a diario centenares de cacharros más o menos deformes y agujereados, de inspiración, di-



gamos, helénica. La técnica del maquillaje, para el Apeles decorador de hoy, no ofrece demasiadas complicaciones. Simple recetario de fórmulas aplicadas con mejor o peor fortuna. En pocas horas, veinte siglos dejan su huella sobre las burdas terracotas. Realizada esta operación, el género puede salir hacia su punto de destino, hacia cualquier soleado rincón de nuestro litoral.

Esta superproducción masiva de vasos históricos, se fabrica únicamente en dos clases de tipos, bien definidos. A saber: ánfora seca y ánfora de agua. La primera es aquella que va directamente del taller del artesano al escaparate del vendedor. Mientras que la otra, la de agua, es la que se conserva una temporada almacenada en el mar, a una profundidad sosegada y prudential. O sea que de la misma manera que el comerciante en langostas, coge periódicamente su barca para ir a inspeccionar el tamaño de los crustáceos de sus viveros, el tratante en ánforas griegas de agua, no deja regularmente de velar los efectos erosivos que las corrientes y el lecho submarino producen en su reserva de cántaros y jarros.

Aunque sobre tarifas y precios de venta de cada ejemplar, no hay nada escrito ni ordenado —la cotización depende esencialmente de la cara y categoría tu-

rística del comprador—, esta ánfora de agua, acostumbra a venderse bastante más cara que la llamada seca. Hasta cierto punto es comprensible. Los meses de inmersión a que ha sido sometida, para la pieza, no deja de constituir una cierta antigüedad.

Jaime Cortada no salía de su asombro.

—Pero... esto debiera estar prohibido...

¿Para qué? La emoción que sentiste al descubrirla, el suspense del paso de la aduana, y la felicidad de tenerla por fin en casa, ¿no valen las dos mil pesetas? Cada día aparecen en el periódico anuncios ofreciendo lotes de cuadros famosos, a tres mil pesetas los seis. ¿Es algún delito hacer Goyas, Velázquez y Grecos, para aquellos que de buena fe crean en su autenticidad? En los Encantes de Barcelona, todas las semanas, se venden docenas de falsos cuadros de Ramón Casas y de Nonell. Los precios, marco y cristal comprendidos, raramente sobrepasan las trescientas pesetas. Por esta irrisoria cantidad, ¿quién no aprovecha la ocasión de convertirse en coleccionista? Por lo general, ninguno de estos compradores pone en entredicho la autenticidad de su adquisición. Entonces, ¿no es realmente conmovedor ver que un adulto cree en su Nonell, como un niño en sus Reyes Magos?

Quedóse con los ojos fijos en su ánfora. Y susurró descorazonado:

—Y ahora... ¿Qué hago con ella? ¿La pongo en el vestíbulo y la destino a paraguero?

Lo dijo con tal pesadumbre, con tal tristeza, que me sentí culpable. Y salí de su casa convencido de que acababa de portarme como un bestia.

JUAN VILACASAS

Recibo carta de Tossa



Carta de Tossa. Mis convecinos en el mejor segmento de esa circunferencia a que cada año equivale no se pirran por escribir. Todo se les va en contemplar. Por fortuna para ellos, no les falta tema.

Así, cada vez que me envían una carta, antes de rasgar el sobre pienso —y casi nunca me equivoco— que viene porque “pasa algo”.

Es muy posible que, aparte el aprecio que despertó uno entre gentes a quienes desde luego aprecia él, las de Tossa, calculen que el hecho de que yo resida en Madrid es providencial para la resonancia de sus problemas; y también que, según razón, me cruzo, a cada momento, con los ministros por la calle. Estoy, incluso, en que en ca'n Paset me suponen un roce con los huéspedes del Banco Azul como para saludarles, poco más a menos, que con ese imperceptible movimiento de cabeza y ese “noi!” que es el “vaya vuesa merced mucho con Dios” habitual entre los turissanos.

El caso es que me escriben. Y, sí, cuando algo ocurre. Lo más meritorio, que tales cartas no se refieren jamás a problemas individuales, privados. Los componentes de aquella comunidad me honran entronizándome por encima de las obligaciones de cualquiera de los decimonónicos diputados cuneros fieles a un Ruiz Zorrilla. Entre otros motivos, porque Tossa tampoco da suficiente censo para, llegada la contingencia, elegirme diputado... Con lo que se me interpelará sólo a la vista de alguna catástrofe común, de alguna preocupación que afecte a todos.

Uno —es la verdad— jadea por complacerles. Le conmueve la demanda, y más aún, la confianza que la originó. Y pica en la negra honrilla de demostrar que le quedan amigos influyentes aún. Pesa, por último (y sobre todo), aquello de ser uno mejor cuando le miran, y desear que le miren para no dejar de ser siempre mejor...

A veces logra uno el fin propuesto. Otras veces no, por desgracia.

Hace años, sobrevino una inundación terrible, en maridaje las aguas del mar con las del cielo. Tossa jugó a Venecia. Saltó lo que llaman allí “el muro”, simple barda que limita la playa, y las arenas irrumpieron en la parroquial como esperando que las bendijesen, tan lejos de ocasión... Me envió unas cartulinas escalofrantes Fábregas, quien sin otra esfera profesional que la villa, es uno de los mejores fotógrafos de este país; las publiqué, a plana doble, en “ABC”, con texto adecuado, y a las diez de la mañana llamaron por teléfono al alcalde tossense desde el Ministerio de Obras Públicas:

—Pero hombre, ¡qué horror! ¿Cómo no nos lo han dicho antes?

(Arbitrariamente, al punto, una de esas transferencias de siete cifras con las que tú, querido lector, como firmante, ibas a sentirte tan feliz, y que suponen la neutralización de todo desperfecto).

Hace menos, en cambio, me estrellé. A pesar de recurrir a mi admirado e ilustre amigo don Jorge Vigón, entonces ministro de Obras Públicas, y hombre eficiente, como ahora se dice (yo prefiero decir “eficaz”), y de carácter. Pero es que la impenable carta de Tossa llegó justa de tiempo aquella vez. Su autor, mi entrañable Narciso Fonalledas, de profesión carpintero —quien seguramente pospuso el envío porque las lágrimas lo tenían agarrotado—, clamaba, temblaba, ante la desaparición de la doble fila de olmos que sombrearon medio siglo la carretera desde Gerona, a la entrada de la población. Siempre he sentido no conservar esa carta, con méritos para alguna antología epistolar. Claro, que lo mismo pensaría el ministro (nada tonto, acabo de indicarlo), cuando no me la devolvió... Los ingenieros habían empezado ya su llamémosla poda. Otro día analizaré la diferencia entre un medio, un bosque y un suburbio.

La carta de hoy nace de un problema más gordo. Están restaurando las murallas de la “Vila Vella”. ¿Restaurando? Un decir. Quizá construyen una “Nova Vila Vella” o la “Vila Vellanova”. Los que me escriben, los que me mandan las fotos, lector, no son esos que suelen autonombrarse “los afectados”, en un sentido pasivo de damnificados: porque a ellos el asunto no les toca nada, ni les alude a intereses materiales... Pero sí son los afectados verdad, los afectadísimos en sus intereses espirituales —en definitiva, los que cuentan—, los enfermos (“les souffrants”, en francés) por lo que ocurre. Porque la nueva misiva corroborará que vuelve a “ocurrir algo” en Tossa.

Como que están dispuestos no solamente a cartas, sino a venir a Madrid... Y, aunque no me noto muy sacudido por la cuestión, la referiré, si Dios me da vida y salud, en una próxima correspondencia.

FELIX ROS

DIVAGAR,

VERBO

OLVIDADO...



TOSSA BAJO LAS ESTRELLAS

Cuando el sol de junio molesta en la gran ciudad, cuando las primeras oleadas importantes de turistas hiperbóreos se trasladan como golondrinas hacia el Sur en busca del sol, es cuando Tossa cambia de fisonomía. Durante el invierno ha vivido en silencio, apaciblemente, bajo el tibio sol mediterráneo y las claras estrellas de sus noches de tramontana, de despejado horizonte. Ahora, en cambio, Tossa se viste de verano, vive más que nunca de cara al sol, se llena de bullicio y de voces extrañas —también de viejos amigos— y, diríase que nadie, absolutamente nadie, piensa ya en las estrellas que velaron el dulce sueño de la milenaria Turissa durante sus pasadas noches de invierno. Noches de soledad bajo el claro de Luna o la caricia del Sol. Pero no es cierto: las estrellas, siempre vigilantes, aunque ahora sean estrellas de verano, continúan velando el sueño de Tossa. Y siempre hay alguien que las mira. Presiden, también turistas ellas, las noches suecas, inglesas, alemanas, francesas y de otros visitantes de esta pequeña ONU que es la Tossa veraniega. De ellas, de las siem-

pre amigas estrellas, turistas del Cosmos en la Tossa de la era interplanetaria, quiero hablar en estas volanderas líneas, escritas en una noche ciudadana de intenso bochorno y en vigiliadas de San Juan: una verbena, una “revetlla”, una fiesta tan nuestra y... tan de nuestros días por sus millares de cohetes.

Sería absurdo imaginar que suecos, ingleses, franceses, alemanes, belgas, holandeses y hombres y mujeres de otras nacionalidades que componen esta masa humana que se ha dado en llamar turismo, sólo vienen a Tossa por el azul del mar y del cielo, y por nuestro luminoso sol. José Figueras, en el número de mayo, se refería precisamente a un amigo suyo de Inglaterra, hombre “*dado a la observación, que disfruta confundiendo con la gente del pueblo*”. El amigo de José Figueras es un turista —uno más— enamorado de Tossa: le gusta el ambiente de la villa, se complace en compartir la vida de los ciudadanos de Tossa, es uno más entre nosotros. Este turista y amigo se extasia con la música y el extraño exorcismo, hecho de sigilos (así lo su-

gería Maragall) de la sardana... Es un turista más, pero precisamente por eso es muy posible el representante del espíritu de observación de muchos miles de europeos, que comulgan por unos días, semanas o meses con el “seny”, con el paisaje, con la belleza, con la personalidad y el estilo mediterráneos. Probablemente, para ser sincero, este inglés amigo de nuestro colaborador es un hombre que cala más hondo que el común de la masa turística. Pero es preciso convenir que han de ser muchos, también, los turistas que sentirán en su corazón la misma o parecida llamada que siente este inglés cuya vida transcurre entre sus queridas Islas y nuestra amada Turissa.

Y es que el encanto de Tossa es múltiple. Sólo se requiere un mínimo de sensibilidad para descubrirlo. Por eso creo que no son pocos los turistas que, después de su ración de sol y de su ración de “typical”, abren los ojos como niños —el viajero, el turista siempre será una persona, un ser ávido de ver y de mirar como un niño— para penetrarse del paisaje y del alma de la milenaria

y encantadora villa de Tossa. Y parte muy importante de este paisaje son las estrellas de sus noches. Hay una "Tossa by night" para la diversión y una Tossa nocturna llena de estrellas para la contemplación. Y para el encuentro con uno mismo. El ciudadano no lo comprende a menudo, pero se sorprende siempre, sin excepción, cuando sale de viaje y descubre, tras el paisaje y los hombres que lo habitan, no digo ya otro cielo, sino el mismísimo cielo estrellado. Y ¿dónde pueden contemplarse mejor los luceros, que en una playa de amplio horizonte y lejos de las luces y de la atmósfera siempre turbia de la gran ciudad?

Un hombre de Estocolmo, una joven de Amsterdam, un muchacho de París, otro de Berlín, incluso una adolescente de Copenhague, en más de una ocasión habrán descubierto el cielo en una clara noche veraniega de Tossa. Durante el día irán a la playa como de costumbre, por la tarde tal vez alternarán con sus amistades nuevas o viejas en algún "party", o leerán, o irán de excursión, sea esta marítima o terrestre. Pero ayer descubrieron el cielo, sintieron la llamada de las estrellas, eso que no puede descubrirse ni sentirse jamás viviendo inmerso en los neones de las grandes urbes. Y su alma se desplegó como una vela, se hinchó plenamente y se hizo a la mar de los ensueños que siempre terminan en esta Itaca tan llena de misterios que es uno mismo. Y hoy esperará la noche y, bajo

cualquier pretexto, querrá quedarse unos momentos en soledad para volver a contemplar el cielo.

Se me dirá que el cielo, las estrellas, no son una exclusiva de Tossa. Y es cierto, naturalmente. Pero argüiré que no es menos verdad que las estrellas no se ven nunca, absolutamente jamás, en una gran ciudad, y que son muchas las personas que no las conocen, los ciudadanos que las descubren un día, por azar, cuando lejos de su ciudad y aún de su patria, se enfrentan por vez primera en su vida de ajetreados hombres modernos, con este libro infinito abierto a la contemplación del hombre que es el cielo estrellado.

Es entonces cuando puede ocurrir cualquier cosa. Un hombre o una mujer que se enfrentan con la maravillosa realidad de la noche y, en su "dulce far niente" se entregan a ella, pueden descubrir tantas cosas como preguntas es capaz de formularse un niño. El ciudadano necesita salir de casa, y mejor aún de su país, para sentirse como un niño ante la bóveda estrellada. Y, ¿qué se pregunta? ¿Qué siente? ¿Qué desea? Lo diré con una carta imaginaria escrita por la joven danesa (de Copenhague) Anita Sörenssen:

"Queridos padres: En mi segundo año de veraneo en Tossa he conocido a un joven por el cual siento una fuerte inclinación. Casi estoy por aseguráros que esta vez no se trata del clásico "amor de verano", sino de mi futuro esposo. No sé por qué me

pongo romántica, ya que esto hoy no se estila y casi resulta ridículo. Pero este muchacho no es como los otros. También es danés y de Copenhague, sabe bailar, sabe nadar, es deportivo y moderno, pero gusta también de cierta soledad. Por las noches, después de nuestras "boîtes", salimos a dar un paseo por los alrededores de Tossa, o subimos hasta la "Vila Vella", para contemplar el mar bajo las estrellas. ¡Qué bello, qué vivo es el cielo estrellado contemplado desde la muralla romana! ¿Sabéis que a veces hemos creído adivinar que el parpadeo de los luceros es un guiño inteligente, revelador de otras existencias como la nuestra hasta un horizonte sin fin? Sí, no os riáis de nosotros, queridos padres, Henning y yo nos hemos enamorado bajo el influjo de este calor de vida, de esta ansia de vivir que se expande por doquier bajo el cielo de Tossa. Cuando vuelva a Copenhague sé que continuaré viendo a Henning, y quisiera sentir en mi corazón el mismo afecto que ahora lo invade cuando veo relucir en sus ojos la poesía del firmamento, esta poesía que no conocemos en la ciudad y de la que pueden disfrutar todo el año los pescadores que viven a orillas del Mediterráneo"...

Creo que me ha salido una carta bastante retórica, pero no lo siento en absoluto. Sólo recomiendo a quien quiera hacer la prueba que contemple alguna noche el cielo veraniego de Tossa. Ya no se trata de enamorarse, sino de sentir la plenitud del incomparable panorama de una noche insondable. No descubro nada a los pescadores, pero tal vez me lo agradezca más de un ciudadano que nunca jamás ha perdido un cuarto de hora en mirar hacia lo alto. En las noches de Tossa, en las noches de la Costa Brava, en las noches lejos de la ciudad, el gran libro de la Naturaleza nos entra por los ojos —si nos dignamos ojearlo un rato— y nos demuestra que vivir es eso: saturarse paz y de esperanza interiores, no solo broncearse al sol y descansar, sino soñar, preguntar, sentir, intuir, vibrar como una humilde hoja, bajo el silente soplo de todo un Dios que escribió la primera palabra de la historia con un puñado de estrellas.

MARIO LLEGET



TOSSA

I

¡Sardina...! ¡Caballa...! ¡Vivitas y coleando...!

Saltamos del lecho, en un cuartito que tiene transparencias azules de fondo de mar. El pantalón..., la "pescadora"..., y salimos al terrado.

Nos deslumbra una explosión triunfal de luz, el resplandor de un cielo en fiesta que perfila cuanto nos rodea con enérgico relieve. Vemos el mundo como por vez primera, con ojos jóvenes y alegres.

El terrado tiene un minúsculo lavadero y un suelo giboso de baldosines encarnados. Si nos abrimos paso por entre los blancos gallardetes que finge la ropa tendida y nos llegamos a asomarnos por la barandilla, vemos allá abajo, como en el fondo de un pozo, un patio blanco y fresco, íntimo, con cortinas de saco en sus puertas y una mata de adelfas de hojas gruesas y lustrosas.

Nos hallamos en medio de un apiñamiento de blancas casitas que ascienden por el otero, trazando callejuelas sinuosas, hasta esos pinos, alcornoques y almendros que creeríamos poder tocar con la mano. Nos rodea un amasijo de terrazas y tejados, con insospechados desniveles, que se hacinan descendiendo hasta las lindes de la playa. Terrazas que son como pequeñas tribunas desiguales y tejados de dos aguas revestidos del amarillento terciopelo del moho y erizados de esas yerbas silvestres que la gente del país llama *pinjons*.

La mañana es... una mañana de Tossa, que quiere decir radiante, soleada y fresca. A la piel nos llega el calor solar desbravado por la picante brisa de ese mar que vemos tendido y desnudo, todo azul, bajo la inmensa bóveda de cielo y luz que se ofrece generosamente abierta a nuestros ojos.

Bajamos a la calle. Sentado en

el umbral de entrada, el dueño de la casa, pescador, va desmigajando un pescado frito —se diría de oro— sobre una tostada con tomate y ajo.

Estrecha y escarpada como un torrente, la calle descende ayudándose de escalones y rampas. La cruza una travesera ondulante de subidas y bajadas, como jorobas de camello, distanciadas y suaves. Y en la cercana encrucijada, tres mujeres están de cháchara al sol, hablando con la S del *salar* de Tossa, situadas las tres en distintos planos, como en el teatro moderno.

Cerremos nuestro oído a la charla, pero retengamos en él el claro retintín de estas voces del litoral, mientras descendemos por la cuesta —gozosos los pies porque calzan alpargatas—, sin dejar de observar la pulcra sobriedad de las fachadas, cuya blancura sólo interrumpen unos ventanucos o las puertas, de poca altura y, frecuentemente, pintadas de azul marino. Deténgase nuestro paso para poder contemplar a ese hombre sentado en la calle y tejiendo con juncos o mirtos la curva perfecta de unas nasas ligeras o de unos gambines, chatos y tensos como pande-retas, dentro de los cuales crepitarán, chorreando agua, langostas, lucernas y cabrillas. A un lado, prisionero en una vieja nasa en oficios de gallinero, un pollo tornasolado pasea su petulancia y mira, encendido el redondo ojo, el pececillo que mordeisquea un gato.

Bajemos por donde bajemos, siempre iremos a desembocar en la calle de la Virgen del Socorro, Rambla y Campos Elíseos de Tossa, que atraviesa la villa de un extremo al otro, paralela al mar. Tiene una viveza y un hechizo extraordinarios esta calle, donde aún encontramos algunas de esas espaciosas casas

de Tossa, de grandes ventanas enrejadas y ornadas con tiestos de geranios, albahacas y claveles. Y aún tiene tabernas, donde alguien, cuando nosotros pasamos, está despachando, enfrentado con un porrón de vino tinto, una cazuela de caracoles con salsa o a la vinagreta, o unos arenques con guindilla. Pero ahora es especialmente la calle de los comercios para los extranjeros, quienes, sobre todo ingleses, pasean por ella lentamente o se extasían ante los escaparates, por parejas o en pandillas, serios, arrebolados con color de gamba sus blancos cutis, tocadas las mujeres con sombreros de grandes alas, a la mejicana, y ataviadas con volanderas faldas salpicadas de colores vivos, mientras ellos exhiben *shorts* y camisetas, y en algún caso una chaquetilla de pijama, de dibujo y tonos delirantes.

Pasando por la plaza del pueblo la calle se dirige al mar por el lado del Codolar. Vale la pena, ciertamente, subir por ella hasta que el fondo de la rocosa cala se presenta súbitamente bajo nuestros pies. Quedamos suspendidos en el borde semicircular de un acantilado que se desploma, como cascada de rocas, sobre una playita que en rápida pendiente va a hundirse en el mar. El paraje es montaraz, de un primitivismo tan patente, que nos proyecta de golpe hacia el estadio más remoto de la navegación. Coronado por murallas y altivas torres, el agreste puerto antiguo de Tossa trae a las mientes la noción de ocultos abrigos contra los piratas que surcaban nuestro mar. Las barcas, desplegadas en abanico hasta la mitad de la hornacina ahondada en la montaña por el salado mordisco de las olas, parecen temerlos todavía. En cambio, vista desde el mar, con las barquitas tendidas bajo las matas de pitas, se-

mejando manojos de cirios, la rústica caleta parece un altarcillo de exvotos ofrecidos al San Vicente que hay esculpido en el arco de la vieja iglesia derrumbada que corona el Codolar por encima de torres y murallas.

Volviendo sobre nuestros pasos, llegamos al viejo pozo de Tossa, con su cúpula morisca, situado, como una blanca mancha en medio de la cuesta, entre la puerta grande de la *Vila Vella* que se abre al antiguo Patio de Armas del recinto, y unas casas de pescadores alzadas acá y acullá en envidiable libertad. El lienzo de muralla de piedras venerables, las mujeres que sacan agua del pozo y el pintoresco desbarajuste constituido por las redes puestas a secar en las puertas y las nasas y cestas que hay por tierra en medio del ir y venir de las gentes, todo contribuye a hacer de este fragmento de Tossa uno de los conjuntos de más carácter.

Bajamos todavía más y ante nosotros surge la capilla de la Virgen del Socorro. Con su portalejo enfrentado, esta iglesieta de "nacimiento", de albura siempre vívida, y erguida en el centro de la calle, como caída del cielo, es de una emocionante ingenuidad.

Por las mañanas, el verdadero casino de Tossa ha de buscarse en el mercado de la pesca, que planta sus reales en una esquina de esta misma calle.

A la llegada de un pescador con un cuévano de pescado re-

vuelto, que todavía rebulle, instantáneamente se forma un grupo en torno suyo.

Comienza la subasta.

—*Ciento, noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y siete...*—va cantando de prisa, en cifras de mayor a menor, el que ofrece el género.

—*...noventa y seis, noventa y cinco, noventa y cuatro...*

—¡Mío!—grita alguien.

Y en seguida, sin que medie comentario, una riada de vivas maravillas resbala desde el cuévano a un cesto

La compradora va seleccionando entre el rebullir de formas y delicados colores. Mero, rodaballo, dentón, boga, jurél...

—*Dame un par de cabrillas para almorzar.*

—*¡Cabrillas? Llévate una boga, que es pescado de enfermos.*

En la esquina del "muro" entablamos paíque. Como siempre, hablamos del tiempo ido. Pescadores con perfil de medalla, gente calmosa, compenetrada con el paisaje desde hace un milenio. A su lado, parecemos gente nueva, tierna, recién hecha. Tienen la malicia y el apiomo de todas las civilizaciones que llevan en la sangre. Y mientras nuestro bronceado es a flor de piel, de bañeario, el de ellos les viene de griegos y romanos.

Hablamos de cuando los de Tossa hacían la ruta de las Indias con sus corbetas de velas hinchadas. De cuando construyeron *La Camil·la* para traficar en

América. Del capitán Mestres; del piloto Jaume Escat. Nueve meses transcurrían entre la partida y el retorno. Los tossenses de antaño sólo conocían Tossa y América. ¿Queda algo de aquella época? Algunas *americanas*, que los pescadores acompañan con la guitarra, y, en contados huertos, un árbol de *jijoas*, fruto de exótico dulzor que la gente de hogano apenas si quiere probar.

Se saca a relucir la voluminosa barca de *En Quimús*, que con anterioridad perteneciera a *En Santomaro*. Hacía el viaje a Barcelona con carga de carbón y leña, y un mozo, manco por cierto, oteaba desde el castillo que se erguía donde ahora está el faro, a fin de avisar de su retorno.

—*¡En Santomaro entra! ¡En Santomaro entra!*—gritaba tan pronto como veía llegar la barca.

Pero nadie se movía hasta que escuchaba el grito triunfal:

—*¡En Santomaro ha entrado!*

Entonces la gente se reunía en la playa para ver cómo doblaba el cabo y se dirigía al rincón para atracar y descargar.

—*Todavía me acuerdo de la canción*—afirma un viejo pescador:

*Con fresco viento garbino
se hace al mar en Barcelona
un barco de poca lona
siempre cargado de vino.*

En nuestra charla salen también *En Tal·liró*, el primero que se puso a fabricar tapones con el corcho que arroja el mar a la



playa, y todos los antiguos tapo-
neros de Tossa. Y se habla de
cuando venían los barcos de An-
dalucía cargados de corcho, que,
a cinco céntimos el fardo, las
mujeres se encargaban de llevar
desde el barco al taller. Alguien
introduce en la conversación el
tema de aquellos buzos griegos
que recorrían la costa a la bús-
queda de coral rosado. Y el de las
jornadas de pesca. Aquel hacer-
se a la mar con el alba, en cua-
drillas de diez hombres y barcas
de cuarenta y dos palmas; aque-
lla emoción al verse de sopetón
ante los espumarajos que hace el
mar; aquellas ceñidas y aquellas
arribadas casi fabulosas con las
barcas colmadas de pesca hasta
el borde.

Henos ya en la playa, venci-
do el pequeño repecho que forma
la arena y suspensos ante el es-
pectáculo de este mar inmóvil en
toda su superficie, como un cielo
líquido que duplicara al otro,
quebrada solamente de tarde en
tarde por la onda de su respira-
ción. Son dos azules intensos, dos
profundidades transparentes que

parecen contemplarse y enviarse
mensajes misteriosos en el blan-
co vuelo de las gaviotas, las cua-
les ora planean por el azul con
las alas extendidas, ora se incli-
nan y en rápida caída van a po-
sarse en el agua. Es todo tan
luminoso, tan puro y tan directo
—la montaña adentrada en el
mar, la *Illa*— y hay un silencio
cósmico tan absoluto, que cree-
ríamos vivir la mañana del naci-
miento del Universo y ser el
fresco hálito de Dios esta brisa
que nos llega desde la altura.

Pasamos en silencio por el
lado de tres hombres sentados en
la arena, distanciados entre sí;
pero en fila, con el cuerpo incli-
nado sobre los palangres que van
dejando a punto con pausado
gesto. Cruzamos cerca de las
barcas, de curva henchida y gra-
ciosa, como violoncelos, cuidado-
samente alzadas sobre unas tra-
viesas. Y caminando despacio
por entre las redes extendidas,
los aparejos y el cordaje, obser-
vando los colores —bandas
verdes, azules, encarnadas, blan-
cas— y los nombres —*Bue-*

*nas Obras, Juliola, Los dos her-
manos*— de las embarcaciones,
subimos hacia el camino de la
playa de Mar Menuda, donde po-
dremos nadar.

Una vez llegados al extremo
opuesto de la playa, cabe las
altas rocas que cierran la Ba-
nyera de Ses Dones, podemos
admirar la perfecta curvatura
de la bahía de Tossa y la impres-
ionante silueta de la población.
El Cap d'Or, en otro tiempo
completamente amarillo a causa
de un manto de retama que em-
balsamaba el mar, avanza, ma-
cizo, dentro del agua, quebrado
su dorso por una cresta de torres
y murallas. Y festoneando el
contorno de la playa, vemos el
blanco encaje de las casas de
Tossa bajo los verdes distintos
de pinos y alcornoques, salpica-
dos de los blancos ramilletes que
son los almendros.

Y llega ahora para nosotros el
gran momento de la jornada: el
baño. El abrazo de nuestro cuer-
po desnudo con la nudeza tangi-
ble, pero fugitiva, de Afrodita,
que nos transfigura.

La mar titila como si por ella
rebrincasen de puntillas los mil
pies relucientes del Sol. Y tan
pronto como los nuestros hora-
dan la espuma, una ola caranto-
ñera sube alborozada por nues-
tros tobillos llenándolos de lim-
pias risas y de besos. Y el agua
nos parece mejor que las demás,
con su sabor fuerte y gustoso.
Si la tomamos en el cuenco de
nuestra mano, se escabulle por
entre los dedos, grácil y fluida
como la luz, invitándonos a un
contacto más íntimo. Y nos lan-
zamos sobre su fresco cuerpo,
para zambullirnos en su fondo.
Nadamos en medio de cristales
transparentes y luminosos, y
vamos descendiendo, como en
pausado vuelo, entre rayos de
sol que se ondulan como sierpes
para morder los lomos de los re-
dondos guijarros del fondo y fin-
gir en ellos el rutilar de piedras
preciosas. Nos rodea un paraíso
submarino de contornos móviles
e imprecisos, y erramos por su
clarísimo espacio suspendidos
sobre un brasero de frescores.
Prendidas en un suelo de roca,
las algas hacen ondear sus ver-
des banderas, y delante de nos-
otros una caravana de peces se
desliza en rauda flecha hacia su
escondrijo.

JOAN ALAVEDRA



FERNANDO AGULLO



Retrato de Agulló, a los 30 años.

EL "BAUTISTA" DE LA COSTA BRAVA

A GUIZA DE INTROITO

Un insigne periodista, poeta y hombre de leyes, Fernando Agulló Vidal, glosador de lo bello y de lo bravío de nuestros acantilados, playas y calas, fue quien "bautizó" —con singular acierto y decisión—, nuestro litoral con el sugestivo calificativo, hoy, ya universalmente famoso de "Costa Brava".

Pero, con anterioridad, según declaró el célebre escultor José Llimona, era el pintor y dibujante Juan Llaverías quien debía haber sido proclamado con todas las prerrogativas y honores, descubridor, o cuando menos propagador

o divulgador de dicha costa de feroz orografía.

Efectivamente, Juan Llaverías Labró —nacido en Villanueva y Geltrú, en 1865—, fue reproductor en sus magníficas acuarelas y dibujos de los paisajes marinos de la parte septentrional de la provincia de Gerona, dado que había pintado los paisajes de los alrededores comprendidos entre el cabo Norfeu y Tamaríu, y, cuando contaba cuarenta años de edad, se trasladó a Lloret de Mar, y a partir de entonces, hasta su fallecimiento ocurrido en dicha villa, en 1938, donde reposan sus restos mortales, casi todos los veranos los pasó y pintó en la referida localidad lloretense. También había consagrado sus pinceles a Tossa, describiendo, magistralmente, sus más típicos rincones.

Primitivamente, Llaverías, denominó a la marina gerundense "Costa del

Coral", pero José Pella Forgas, el gran historiador del Ampurdán, le aconsejó que lo hiciera con el título más apropiado de "Catalunya Grega", conforme así fue, aunque la denominación no prevaleció, como tampoco tuvo arraigo lo de "Costa Serena", propuesto por el escritor blandense Joaquín Ruyra Oms, venerable figura de la prosa catalana por su profunda producción literaria y los muchos premios que alcanzó.

PERFIL HUMANO DE FERNANDO AGULLO

Aunque nacido en la ciudad de Gerona el 12 de septiembre de 1863, estu-



El reporter-gráfico Merletti, de Barcelona, con su ayudante. Era corresponsal de la revista madrileña "Nuevo Mundo". Con su motocicleta fue a Tossa para obtener información gráfica, para ilustrar un trabajo literario de Agulló, sobre nuestra villa. Año 1908.

pudiera describir aquella costa, sin par en hermosura y atracción! ¡Quién pudiera contar aquel poema de estrofas de rocas!

Nuestro insigne biografiado resumió magistralmente la villa, así, en pocas palabras: **"Tossa es plácida, quieta y silenciosa: Tossa es bella, pero el mar de Tossa es algo más: es la sublimidad de la costa catalana"**.

Las entusiásticas prosas de "Roger" movieron a dibujantes como Juan G. Junceda y a pintores como Juan Roig Soler, Brull, José Masriera, al citado Juan Llaverías y a otros no menos notables de la época, a llevar al lienzo el paisaje, las recoletas calles y las marinas tossenses y a movilizar periodistas y escritores y reporteros gráficos tan sagaces como Alejandro Merletti, de "Nuevo Mundo" —el barcelonés del Pueblo Seco—, el primero que, en su profesión, en estas tierras, en utilizar una motocicleta; todos, en pos de unos insospechados motivos ilustradores de aquellos parajes tan bellos, pero tan poco conocidos y frecuentados.

**DE COMO LLEGO A ENCONTRAR
UN HOMBRE DEFINITIVO
PARA NUESTRA FRANJA MARINA**

Como hemos visto ya en el prefacio, el litoral catalán comprendido entre Barcelona y Francia no tenía, a princi-

pios de siglo, denominaciones especiales que permitieran distinguir un sector de otro.

Nuestros antepasados, de la costa llana, de terreno bajo, decían: "La Marina de Barcelona", o mejor expresado: "El Maresme", simplemente. Luego, de Blanes hasta Tossa, trozo perteneciente al distrito judicial farnense: "La Marina de La Selva", y más allá, de San Feliu de Guixols hasta Port-Bou, la denominaban "La Marina Ampurdanesa", y Agulló exhortaba para que a los tramos últimamente citados se les proporcionaran sendos nombres geográficos —o uno sólo—, que, con cierto carácter poético los definieran y los caracterizaran.

Por costumbre, Fernando Agulló, el día 24 de julio de cada año, con motivo de la Fiesta Mayor de Lloret de Mar, acudía a presenciar la procesión marinera, en barcas engalanadas, de Santa Cristina, con su familia y amistades, entre las cuales figuraban, invariablemente, destacadas figuras como Francisco de A. Cambó y Batlle, Juan Ventosa Calvell, Pedro Rahola Molinas, Agustín Durán y Ventosa, Rafael Llusá, Raimundo de Abadal, Enrique Prat de la Riba, Puig y Cadafalch, y algún otro no tan conocido como sus citados compañeros, del más acusado y descollante relieve ciudadano, puesto que se trataba de políticos, letrados, artistas y economistas, tanto que muchos de tales prohombres llegaron a desempeñar carteras ministeriales en el Gobierno de la Nación.

Por aquellos tiempos, Agulló y su conjunto de amigos, la "colla" como él —humorísticamente— designaba a aquella pléyade de sobresalientes caballeros, realizaban unas excursiones estivales, por la costa, desde Blanes hasta Port-Bou; giras que para tan doctos varones constituían una especie de rito, verificándolas desde hacía unos pocos años.

Alguien de ellos sugirió la idea de organizar una excursión marítima de carácter extraordinario, que tuviera cierta trascendencia. Para ello coincidieron en emular el itinerario del rey Jaime I para la conquista de Mallorca, escogiendo para el viaje el vapor "Balear", de la flota de la compañía naviera "Isleña Marítima", y así lo hicieron, sagaces como Alejandro Merletti, de con toda placidez, en el verano de 1908.

En el ya meritado diario "La Veu de Catalunya", órgano y portavoz del ya aludido partido político "Lliga Regionalista", edición correspondiente al día 10 de julio del propio año, al comentar las gratísimas impresiones de aquel memorable crucero marítimo, y bajo el seudónimo de "POL", ya popularizado, escribía Agulló:

"Mallorca es un inmens carro de guerra grec, que té per pitral la Costa Brava, tirat per monstres apocalíptics, que avancen cap el mar...", y luego añadía: **"...i, tornen les feres de roques i les coves sinistres i els espadats que espaordeixen, i els esculls que amenacen i els caps que feregen..."**

Por un juicio crítico del conspicuo Josep Pla —el ampurdanés universal—, podemos saber que el gran escritor palafrugellense está firmemente convencido que los vocabos "Costa Brava", Agulló —por inspiración—, los extrajo de la poesía que el clásico escritor Mossèn Miquel Costa i Llovera (1854-1922), compuso bajo el título de "Costa Brava de Mallorca, Ribera de Tramontana" cuya existencia es de constatar en la Colección de sus obras completas, de Biblioteca Perenne, de Editorial Selecta.

Fernando Agulló, el que sería "bautista" o "Padrino" de la Costa Brava —aludiendo al sector gerundense—, y sus ilustres camaradas, además del crucero marítimo al archipiélago balear, iban a emprender, una laudable campaña para impulsar y fomentar la visita a nuestras poblaciones ribereñas y sus alrededores, entonces poco menos que desconocidos como región turística entre los de tierra adentro, encontrando la oportunidad más propicia para ello, ya que, a la sazón, los primeros coches-automóviles empezaban a circular hacia estas carreteras, recién abiertas, como decíamos, al tráfico público. Con ello se intensificó el éxodo veraniego y de asueto de Barcelona a las playas de la Costa de Gerona, y se instituía en la Ciudad Condal aquella benemérita "Sociedad

de Atracción de Forasteros" (Syndicat d'Initiative), de la Rambla; que con el "Ateneu Empordanès", de la calle del Pino, 11, y el "Centre Excursionista de Catalunya" (Club alpi Català), fueron las instituciones barcelonesas que, fundamentalmente, más popularizaron el conocimiento, por medio de sus respectivas publicaciones, mapas y folletos, de las bellezas y encantos de Tossa y demás poblaciones marineras.

Refieren los anales periodísticos que, encontrándose la "colla" de Fernando Agulló, en el pueblo de Bagur, celebraron una gran comilona, en la finca rústica de la playa de Fornells, denominada "El Paradís", propiedad del común amigo de Agulló y de sus esclarecidos compañeros, don Buenaventura Sabater y Burcet, hijo de Palafrugell (1863-1938), patricio de inolvidable recuerdo, Diputado Provincial y a Cortes en varias legislaturas, redactor de "Baix Empordà" y autor de "Quartilles i cròniques empordaneses", y quien dio a conocer "urbi et orbi", la citada playa y uno de los primeros y más fervientes propagandistas de la hermosura de este litoral.

La heredad "El Paradís", una de las casas que asoman al Port dels Orats; la situada en el pico más alto, con cuyo inmueble y otros edificios adyacentes se formó el "Hotel Aiguablava", de hoy, establecimiento que goza de renombre universal, tuvo merecida fama en las efemérides gastronómicas y culinarias y en las reuniones políticas y mitinescas de primeros de siglo.

Conforme decimos, y, refiriéndonos al banquete, Agulló, en las frases de un brindis espontáneo, que declamó con su habitual precisión y elocuencia, pronunció las palabras "COSTA BRAVA", al referirse —en tal oportunidad—, concretamente, a la marina de Gerona, calificación que fue clamorosa y unánimemente aplaudida por todos los comensales de aquel histórico ágape de camaradería.

La tan breve como definitiva denominación, evidentemente, estaba predestinada a quedar incorporada —para siempre—, a la geografía nacional, y, lo que es más, a la nomenclatura turística del mundo entero.

En efecto, el día 12 de septiembre del propio año de 1908, en uno de los frecuentes artículos de "Pol", en el mismo diario "La Veu de Catalunya", que Fernando Agulló había ambientado y preparado en Blanes, pudo leerse, por vez primera en la Historia, **en letra impresa**, el nombre de Costa Brava aplicando —única y exclusivamente—, a nuestra franja costera, hasta la sazón innominada, para designar el tramo comprendido entre el río Tordera y la frontera francesa.

El "bautismo" por llamarlo así, adquirió la más amplia carta de naturaleza,

ya que el reportaje aparecido en "La Veu", venía a ser como una especie de partida de nacimiento de una denominación geográfica, otorgada con todas las formalidades de rigor.

Muchos opinan que el bautizo de la Costa Brava partió de la ermita de San Telmo o Sant Elm, ya que Agulló, por haber contraído matrimonio con una señorita guixolense, fijó, en San Feliu, su residencia durante un determinado período de su vida.

Otros sostienen que la idea le vino en una de sus frecuentes visitas al Santuario de Sant Sebastià de la Guarda, de Palafrugell, e, incluso, hay quien está seguro de que la percepción de los vocablos "Costa Brava" la experimentó desde la miranda del promontorio del "Conventet", de Blanes, ya que en esta población —en la primera década de esta centuria—, reiteradamente, veraneó en la casa señalada de número siete, del blandense Paseo de la Maestranza, acompañado de su esposa y de sus hijas, una de las cuales casó con un profesor de escuela apellidado Durán.



Fernando Agulló.

Nosotros, empero, admitimos, lógicamente, como argumento digno de todo crédito, que Fernando Agulló, intuitivo su calificación de Costa Brava, en San Feliu de Guixols, obsesiva idea que quedó reforzada en la ermita palafrugellense, y en el citado mirador de Blanes, pero ello, no obstante, no impide de que estemos moralmente ciertos que el **baptisterio** de la Costa Brava radica en Bagur, ya que somos contestes en las documentadas manifestaciones que luego de meticulosas y profundas investigaciones, han hecho el laureado poeta castellano-leonés Lope Mateo —letrado competentísimo—, que entre sus innumerables y magistra-

les reportajes sobre este litoral aportó muy apreciables antecedentes y concluyentes deducciones, entre otros, en su bello artículo "Un bautizo geográfico", aparecido en "La Vanguardia Española", y, sobre todo, en la narración del erudito escritor Esteban Fábregas Barri, contenida en su libro "Lloret de Mar" (L'Història, el Turisme i l'Esperit), de Biblioteca Selecta.

EXALTACION A SU MEMORIA

Fernando Agulló Vidal tiene consagrada una calle céntrica en el ensanche urbano de su Gerona natal; así como en Barcelona, en el distrito tercero, uno de los más elegantes barrios de la ciudad, el Ayuntamiento le ha dedicado una moderna y amplia vía pública. También en Lloret de Mar se ha rotulado, con su nombre, una de las nuevas avenidas residenciales.

Al cumplirse, en 1963, el centenario de su nacimiento, la Corporación Municipal guixolense, a propuesta del "Centro de Iniciativas y Turismo de San Feliu de Guixols y S'Agaró", tomó el plausible acuerdo de dedicarle una nueva plaza, proyectada por Juan Mirambell, en el centro de la cual se colocó una estatua de mármol, obra del escultor Juan Rebull, desnudo de mujer representativo de la desafiante serenidad de la Costa Brava, aparte de un monolito emplazado delante de la ermita de Sant Elm, cuyo homenaje ofrendó el escritor, hombre de leyes y poeta, Octavio Saltor Soler, en cuyas laudes están esculpidas las siguientes leyendas:

**"Dés d'aquesta trona
de Sant Elm
Ferràn Agulló intuí
l'idea de batejar
la Costa Brava.**

**La Ciutat de San Feliu de Guixols
li ofrena
avul, 29 de Setembre del 1963
aquesta recordança".**

**"El meu pare es de L'Escala
la mare de Tamariu
i jo soc fill d'una cala
de Llevant de Sant Feliu".**

Tales son las entrañables evocaciones y testimonios admirativos de las vivencias intencionales de gratitud ciudadana, que, aparte de otros tributos populares conmemorativos se han erigido, de manera imperecedera, para exaltar cumplidamente tan destacada personalidad.

JOAQUIN CIURO

La Sardana y la Costa Brava



Es indudable que la Sardana ante todo es un baile. Como tal nació, como tal ha logrado el estado de expansión actual y como tal hemos de desear que continúe, si queremos asegurar su supervivencia.

Pero también no es menos cierto que para honra y orgullo del pueblo que la cultiva, la Sardana, en su aspecto musical, es susceptible de poseer un valor digno de tenerse en cuenta por sí mismo, hasta tal punto, que en muchos casos puede llegar a poner en segundo término el fin primordial para el cual fue creada, convirtiéndose en un pequeño poema musical capaz de figurar en los conciertos.

En este sentido y de manera parecida a lo que antaño hiciera Chopin con sus valsos, Julio Garreta fue el visionario, que llevado de su intenso idealismo y prolongando la trayectoria iniciada por el sentimental Pep Ventura, descubrió para la Sardana un nuevo camino por el cual, a más o menos distancia, le han ido siguiendo los mejores compositores de nuestra tierra.

Si alguna objeción puede formularse a las sardanas de Garreta es tan solo la de que el pueblo, musical y culturalmente no se halla del todo preparado para asimilarlas y más teniendo en

cuenta que desgraciadamente, la Sardana, a causa de influencias nocivas, se ha desviado de la senda idealista que le trazaron aquellos hombres de corazón que se llamaron Maragall, Llongueras, Millet, Pujol, etc.

Las siguientes palabras de Julio Garreta bastarían para revelar cual era su credo ideológico-musicalista.

“Les meves sardanes es poden ballar, però s’han de ballar més amb el cor que amb els peus. Cal educar al sardanista; cal dir-li que la Sardana no és una dansa per a acròbates, sinó que ha d’esser, que és —malgrat la incomprensió de molts— una dansa de seny, d’aquest seny racial del qual ens enorgullim cada dia...”

Musicalmente, entre la diversa gama de matices que puede presentar la Sardana, desde el punto de vista de mi personal sensibilidad, distingo en numerosas sardanas dos caracteres bien definidos: las que son de inspiración y sabor netamente campesino o bien, por el contrario, las de tipo costero.

Las primeras las sitúo en el marco ideal de una de nuestras típicas plazas porticadas, en la explanada de una ermita, o en la “era” de una casa de payés; en cambio las segundas son para bailarlas frente al mar.

Esta clasificación, basada en una impresión puramente subjetiva, se funda en algo más profundo que en la simple sugestión derivada de un título, y quizá me sería difícil concretar con palabras los numerosos ejemplos musicales que podría aducir. Pero por otra parte, algo más o menos aprehensible debe haber de cierto en ello, pues no se trata de una apreciación tan personal como yo mismo había creído. Un día tropecé con unos párrafos del articulista Gaziél, de San Feliu de Guixols, ferviente admirador de Garreta, en los cuales de manera maestra se expresa en términos muy parecidos a los míos.

La casi totalidad de la producción de los clásicos de la Sardana —Pep Ventura, José Serra, Pedro Rigau, Ramón Serrat, Enrique Morera, etc.—, pertenece de lleno al tipo de sardana rural y responde plenamente al castizo y rancio calificativo de “balls de plaça”.

La sardana de tipo costero es más moderna, como así mismo lo es también el influjo del factor mar en nuestra literatura. En “Víctor Catalá” mismo, a excepción de alguna pequeña narración de ambiente marinero con la que rinde tributo a la villa que la vió nacer y morir aún obser-

vamos este vivir de espaldas al mar que la sitúa en el mismo punto de vista ocupado por nuestros prosistas del pasado siglo, Vayreda, Carlos Bosch de la Trinxeria, etc., eminentemente rurales por nacimiento.

Era menester que a principios de siglo Fernando Agulló al conjuero de la palabra mágica "Costa Brava", despertara en la generación de nuestros padres la sugestión que hoy dimana de nuestra Costa y que en el campo de las letras surgiera un José M.^a de Sagarra con sus "Cançons de rem i de vela", y un Tomás Garcés, José Pla, etc. para que el sopro vivificante de la brisa del mar llegara también a la Sardana.

En el goce de la música influyen una serie de factores psicológicos y circunstanciales que no se acostumbran a tener debidamente en cuenta y quizás uno de los más importantes es el medio ambiente.

Se da la evidente paradoja de que gran parte de las piezas en las salas de conciertos están inspiradas en la naturaleza y a pesar de ello, nunca es dable escucharlas en el medio que les dió vida y razón de ser.

La Costa Brava, con sus recónditas calas, risueños pueblos

y espléndidos miradores, ofrece a la música de las sardanas de tipo marinero un marco incomparable del que hasta la fecha no se ha sabido sacar partido.

¡Cuántas veces me he imaginado lo que podrían dar de sí sardanas como "Mar d'argent" de Julio Garreta, "Mar blava" de Joaquín Serra, "Lluna plena" de Eduardo Toldrà, y tantas y tantas otras, interpretadas en el momento y lugar oportuno de nuestra costa!

¡Cuántas veces he deseado poder oír en buenas condiciones mis sardanas "Veles i gavines", "Golf de Roses", "Garbinada", "Mirant les onades", "Mar calma", "Nit de lluna"... teniendo por escenario los mismos paisajes que me las inspiraron!

¿Os imagináis, lectores que conocéis y amáis como yo estos parajes, la emoción que producirían las vibrantes notas de la simbólica sardana "L'Empordà" de Morera, esparcidas al viento por una cobla desde lo alto de la Ermita de Sant Grau?

¿Os imagináis el poético encanto que tendrían las arrobadoras estrofas populares de "La donzella de la costa" de Garreta, desgranadas dulcemente por la "tenora" en el marco evocador de la maravillosa Cala Giberola,

o la exultante alegría que produciría la descriptiva "Marinada" de Pérez Moya, interpretada en el mirador del faro del castillo de la "Vila Vella" o contemplando la espléndida panorámica que se divisa desde la explanada del "Terme Gros" en lo alto de la Punta de Pola?

La señora viuda de Julio Garreta un día me contaba emocionada la inenarrable impresión que produjo la sardana "Matinada", de este llorado compositor, una madrugada, en que ya fallecido, un grupo de devotos admiradores se desplazaron a un acantilado próximo a San Feliu de Guixols con una "cobla", que se puso a tocar en el momento preciso en que allá a lo lejos el sol asomaba por encima del mar...

Se impone por parte de las cultas minorías selectas —que sobre todo durante los meses de verano recalcan en los pueblos de nuestra costa—, que hagan prevaler en la confección de los programas de sardanas un riguroso criterio selectivo, ya que los músicos profesionales no suelen parar mientes en estas sutilezas y además, hay que reconocer que el agotador trajín que llevan las "coblas" durante la temporada estival, no deja margen para idealismos.

Alguna vez he soñado con organizar en la Costa Brava unos importantes festivales anuales de Sardana, con conciertos acuáticos, la "cobla" colocada en una "trainya" anclada en medio del agua... Quien haya escuchado sardanas desde un bote, cerca de la costa, podrá atestiguar la nitidez con que el agua retransmite, incluso los débiles sonidos del "flabiol" y del contrabajo.

Creo sinceramente que en el mundo hacen falta soñadores. Un puñado de ellos esparcidos por nuestra costa bastarían para que este verano muchas de las sardanas que desgranen las "coblas" dejaran en el ánimo de los oyentes un recuerdo imperecedero.

LUIS ALBERT



CONSIDERACIONES SOBRE LOS PESCADORES

Se ha hablado mucho en toda clase de revistas y publicaciones de la vida marinera. Se ha hablado tanto, que poca cosa podría yo añadir aunque quisiera. Y esto a pesar de estar mi mente llena de recuerdos... En fin, admitimos como buenos los relatos y "cuentos" que se han publicado, pese a que la mayoría de las veces no reflejan la real y verdadera vida de los pescadores, tal y como la conocemos nosotros, los que vivimos, luchamos y ganamos nuestro sustento día tras día.

De todas maneras, existe un punto de este problema en el cual está todo el mundo de acuerdo. Trátese de que pese a todos los adelantos, que no son pocos, continúa siendo un trabajo duro, y que la mayoría de las veces, debido a la poca pesca actual, queda mal retribuido.

Todos sabemos que en los diferentes trabajos manuales el operario tiene ahora unas facilidades que no podía ni soñar. Ello ha contribuido decisivamente a evolucionar de tal forma su trabajo, que con un poco de idea y un mínimo esfuerzo, se produce el doble, y algunas veces más.

En el mar, aunque mucho se ha adelantado, siempre es el elemento humano quien decide, y quien verdaderamente soporta y carga con la responsabilidad de la pesca del día, y con ésta la paga que se obtenga de su venta. Y ahora que hablamos de ello, y cuando en el mundo se debaten asuntos sociales más o menos democráticos, nos encontramos que los pescadores ya estamos de vuelta —como vulgarmente se dice— y poseemos el sistema más democrático que pueda existir, y que el obrero más



exigente pueda asimismo desear. Ello es muy sencillo. De todo el producto de la venta del día se saca en primer lugar los seguros sociales del marinero; de lo que queda, generalmente un tercio es para el propietario o armador, y las dos terceras partes restantes, "tant de caps tant de barrets". Y según los resultados obtenidos no es nada malo este sistema, ya que hasta la fecha, ignoro que ningún pescador de nuestra playa se haya desembarcado por considerarse mal pagado. Ahora bien; por lo que hace referencia a que a la mar vamos cada día menos gente, es debido principalmente a la continuada y persistente escasez de pesca, y a la facilidad de adaptarse el obrero español a los trabajos más dispares, y que por su carácter de "fijos" tienen cierta preferencia, entre los hasta aquel día pescadores.

Con todo lo expuesto, me doy por satisfecho si usted, amigo lector, no hace mala cara cuando un día de estos se decide a comprar un buen pescado, y no se vuelve atrás al saber su precio.

TELMO ZARAGOZA



Nuestra villa marinera sigue la tradición de adornar con alfombras de flores las calles por las que debe desfilarse la procesión del Corpus Christi, en cuya comitiva desfilaron este año las niñas y niños que hicieron la Primera Comunión, autoridades y ciudadanos. Los turistas, admiraron la confección de las alfombras, tomando muchas fotografías, tal como ofrecemos en esta imagen.